

LUIS ALFARO SALAZAR

FIL-O-SOFÍA DE LA HISTORIA

CARACAS — VENEZUELA

1966

LUIS ALFARO SALAZAR

FIL-O-SOFÍA DE LA HISTORIA

CARACAS — VENEZUELA

1966

HISTORIA DE LA HISTORIA

A.—Período Mítico: Antes del Logos. No siempre resulta fácil entender y explicar las cosas y fenómenos que nos rodean. Más difícil aún ha debido ser cuando el hombre carecía de los medios más elementales para hacerlo. Cuando el lenguaje estaba en un estado larvario y cuando además se desconocían las causas y leyes generales que los determinaban. Tales insuficiencias hicieron necesario la utilización de ciertas formas y procedimientos de expresión que hoy la Ciencia ha superado notablemente. Pero aunque esos medios y procedimientos han sido superados se les sigue considerando por su valor histórico y porque detrás de lo inexpressado se puede intuir mucho de lo que se quiso expresar.

La epopeya, el mito, la leyenda, el rito, etc., son manifestaciones de ese momento de la Historia donde el hombre aún no podía expresar directa y exactamente lo que cree y piensa de lo que ve y observa. Lo que logra expresar, lo expresa con un lenguaje figurado e irreal. “El MITO primitivo religioso —por ejemplo— es una tentativa de interpretación de los fenómenos de la creación o de explicación del origen del mundo” (1). Y así como los fenómenos de la creación y del origen del mundo son **explicados** a través del MITO, ocurre con el resto de los fenómenos de la naturaleza y de la cultura. Es el caso del MITO DE PROMETEO. Los griegos al no poder explicarse correctamente el origen del fuego, recurren al célebre Mito. Algo parecido ocurre en Platón con el origen de las ideas y el MITO DE LAS CAVERNAS.

A medida que el hombre desarrolla su pensamiento y mejora sus medios de expresión, el MITO va perdiendo su vigencia. Sin embargo, para muchos pensadores el hombre contemporáneo es característicamente mitómano. Nietzsche y Rosenberg dan “nombres de MITOS a los símbolos o motivos que dan formas a las fuerzas que dominan los grandes movimientos

de la edad moderna” (2). Podríamos añadir que cada época ha tenido sus propios mitos. Edipo, Prometeo y Elena entre los antiguos; Herodes, Don Juan y Don Quijote en el medioevo; Fausto entre los modernos y el Nacismo y el Fascismo, para no alargar la lista, entre nosotros.

La Historia como un medio más de expresión del pensamiento humano también fue en principio MITO. A la hora de narrar su pasado, el hombre primitivo lo hizo en forma mitológica. Los dioses daban origen a las cosas y determinaban su destino. Las culturas primitivas actuales también **explican** el origen de la vida, de la luz, del agua, etc., a través de mitos. La razón está en que desconocen los métodos apropiados de investigar sus causas e ignoran las formas más correctas de comunicación. Idéntica cosa sucede con su historia. Ellos no están en capacidad de estudiar su pasado ni cómo han evolucionado a través del tiempo. Su origen y evolución lo **explican** como el efecto de ciertas fuerzas misteriosas y sobrenaturales.

No es éste el caso del hombre contemporáneo. El ha creado una serie de disciplinas y técnicas para investigar el ayer de la humanidad. Pero ellas han sido posible en la medida en que se han podido sistematizar y aprovechar los aportes que épocas tras épocas se han venido produciendo para desarrollar este aspecto del conocimiento humano. Desde la antigüedad a nuestros días se han acumulado y depurado experiencias diversas que han culminado con las depuradas técnicas de investigación históricas de nuestros días.

B.—Los Antiguos: Mito y Realidad. El primero en intentar una historia racional de la humanidad fue Heródoto de Halicarnaso (484-425 A. C.). Heródoto antes de proceder a escribir su obra, o sea “Los Nueve Libros de Historia”, viajó por todo el mundo conocido. El mundo conocido para la época era la región que hoy está comprendida entre el estrecho de Gibraltar, la meseta del Irán, la actual Etiopía y las riberas del Mediterráneo europeo. Una zona relativamente pequeña que se podía recorrer y observar

directamente a pesar de las dificultades, que presentaban las comunicaciones para entonces. “Heródoto lo recorrió concienzudamente. Vió y escuchó doquiera. Su tarea fue análoga a la de un rapsoda atento y fiel. No quiso o no pudo desechar ninguna fantasía por abigarrada y deslumbradora que fuera. Su mente estaba lista a recibir el mensaje de lo irreal, tanto como el de lo real. Ignoraba las fronteras entre lo imposible y lo verosímil, pero en cambio tuvo claro concepto de su misión de relator veraz” (3). Pero si la admisión de lo irreal y fantástico reduce el valor de la verdad, en cambio le da a “Los Nueve Libros de Historia” un sabor poético que agrada y seduce. Por esta razón y por ser la primera obra de historia conocida, merece detenerse en alguna de sus páginas. Abrámosla donde describe la dictadura de Pisistrato:

“LIX. De estos (sic) dos naciones oía decir Cresos que el Atica se hallaba oprimida por Pisistrato, que a la sazón era señor o tirano de los atenienses. A su padre, Hipócrates, asistiendo a los juegos olímpicos, le sucedió un gran prodigio, y fué que las calderas que tenía ya prevenidas para un sacrificio, llenas de agua y de carne, sin que las tocase el fuego se pusieron a hervir de repente hasta derramarse. El lacedemonio Chilón, que presencié aquel portento, previno dos cosas a Hipócrates: la primera, que nunca se casase con mujer que pudiese darle sucesión; y la segunda, que si estaba casado, se divorciase luego y desconociese por su hijo al que ya hubiese tenido.

Por no haber seguido estos consejos le nació después Pisistrato, el cual, aspirando a la tiranía y viendo que los atenienses litorales, capitaneados por Megacles, hijo de Alcmeón, se había levantado contra los habitantes de los campos, conducidos por Licurgo, el hijo de Aristoclaides formó un tercer partido, bajo el pretexto de defender a los atenienses, de las montañas, y para salir

con su intento urdió la trama de ese modo. Hízose herir a sí mismo y a los mulos de su carroza y se fué a la plaza como quien huía de sus enemigos, fingiendo que le habían querido matar en el camino de su casa de campo. Llegado a la plaza, pidió al pueblo que, pues él antes se había distinguido mucho en su defensa, ya cuando general contra los megarenses, ya en la toma de Nicea (1), y en otras grandes empresas y servicios, tuviesen a bien concederle alguna guardia para la seguridad de su persona. Engañado el pueblo con tal artificio, dióle ciertos hombres escogidos que le escoltasen y siguiesen, los cuales estaban armados, no de lanzas sino de clavos. Auxiliados por éstos, se apoderó Pisistrato de la ciudad de Atenas, y por este medio llegó a hacerse dueño de los atenienses; pero es innegable que sin alterar el orden de los magistrados ni mudar las leyes, contribuyó mucho y bien al adorno de la ciudad bajo el plan antiguo” (4).

También se ocuparon de historiar la antigüedad griega, Tucídides (460-395 A.C.) y Jenofontes (434-355) entre otros. Tucídides escribió “Historia de la Guerra del Peloponeso”. El motivo que lo indujo a escribirla fue la de justificar su actuación en la misma. “Como historiador no fue un simple narrador como Heródoto, sino un pensador político. Buscó las leyes de la Historia y fijó su atención en los factores humanos que determinan los hechos históricos” (5). Jenofontes se destacó por su actuación en la Retirada de los Diez Mil. Escribió además obras como “Anabasis”, “Agesilaos”, “Cyropaedia”, “Vida y Doctrina de Sócrates”. Para muchos los relatos históricos de Jenofontes deben tomarse con reservas por la falta de veracidad de los datos que ofrece.

Aunque existan evidentes diferencias entre Heródoto, Tucídides y Jenofontes, “algo hay que une a los tres grandes historiadores griegos: el soplo épico. Ellos no tratan de juzgar, sino de enaltecer, de subrayar

virtudes. Hasta los caracteres detestables resaltan con una siniestra grandeza de luzbeles. Se penetra a través de sus páginas, en un macrocosmos, en vista de la magnitud de gigantes que los autores acuerdan a sus protagonistas —algunos de ellos sus cuasi contemporáneos”. (6).

Al tomar Roma la dirección de la cultura antigua la Historia se hace pragmática y utilitaria. Interesa por las implicaciones éticas y políticas que pudiera contener. Plutarco (45 ó 50-125 D. C.), Tito Livio (57 A. C.-17 D. C.), Julio César (100-44 A. C.) la convierten en un instrumento más en la organización del Gran Imperio Romano. Se olvida que la Historia es una disciplina autónoma cuyos fines no pueden estar al servicio ni de la educación, ni de la política, ni de la religión. La Historia sólo debe estar al servicio del esclarecimiento de las leyes objetivas del pasado. Pero tanto en Roma como en Grecia la Historia no fue Historia, sino Crónica. Esto es, que se preocupa fundamentalmente por la narración de los hechos sin investigar, la causa y razón de los mismos. Esta tarea la va a emprender en forma sistemática, por primera vez, San Agustín (354-430). A él corresponde el privilegio de echar las bases de la Filosofía de la Historia.

La Filosofía de la Historia en lugar de narrar los hechos se va a preocupar por establecer el sentido general de los mismos. Ya no se trata de establecer cómo ocurrió tal guerra o tal revolución, se trata de investigar porqué existe la guerra y porqué hay revoluciones. Para San Agustín eso sucede porque “La historia de la humanidad es una lucha entre dos reinos opuestos entre sí: el de los enemigos de Dios o del reino terrestre (Civitas terrena o diaboli) y el de la Ciudad divina. El advenimiento del cristianismo significa la victoria, en este mundo, de la civitas dei; y la educación cristiana del género humano, el medio imprescindible para asegurar esa victoria”. (7). Esta posición se conoce con el nombre de **escuela teológica**, la cual dominó la concepción de la historia en todo el medioevo.

Con el advenimiento del Renacimiento surge una nueva manera de interpretar la historia. Para los renacentistas la historia es humana. Esto es, la crea el hombre, a quien se le concibe como un ser libre y capaz de crear su propio destino. Específicamente correspondió a Juan Bautista Vico (1668-1744) ofrecer una de las mejores interpretaciones de esta nueva dirección de la Historia. “...para Vico es el hombre el actor principal del devenir histórico, pero como el hombre varia con los tiempos, resulta que para comprender una época primitiva hay que descender a la mentalidad del hombre de esa época, penetrarse de sus necesidades, pues de lo contrario, el suceso histórico no podría explicarse. Con esta manera de concebir la historia se ve que son las “necesidades” del hombre, no sus caprichos y sus decisiones arbitrarias, los factores determinantes de los hechos históricos.

Este es el gran mérito de Vico, que inició toda una era de investigaciones y de estudios especiales. Ahora bien, ¿Cuál es la naturaleza de esas necesidades que producen los acontecimientos? Aquí las opiniones se dividen, dando origen a dos teorías principales: la concepción **heroica** y la concepción **colectivista** de la historia.

“Para la concepción **heroica** son las necesidades de los grandes hombres, de los genios, de los héroes, las que ponen en movimiento la mole humana.

“La concepción **colectivista** encuentra, en cambio, en las necesidades de las “masas” la causa de los acontecimientos históricos, especialmente en las necesidades económicas. Por esto se llama también a esta concepción de la historia **materialismo histórico**, siendo Carlos Marx (1818-1883) su representante principal. Según Marx, el desarrollo social se debe, exclusivamente, al sistema económico, que depende, a su vez, de la forma de la producción. La base de toda sociedad es su estructura económica, y de ésta depende la forma jurídica y política de la sociedad” (8).

Pero antes de Marx, Hegel creó su teoría de la Naturaleza y la Cultura que sirvió, precisamente, de fundamento a la teoría marxista de la historia y la llamada posición hegeliana de derecha. Aquella dió origen al Comunismo moderno y ésta al Nacismo y al Fascismo. Para Hegel la historia es el producto de la lucha entre la Tesis, que está representada por las fuerzas e instituciones tradicionales de la cultura y la Antítesis que representa las fuerzas nuevas y renovadoras. Del conflicto entre la Tesis y la Antítesis surge una Síntesis. Esto es, un nuevo estado cultural donde se han conciliado lo antiguo y lo nuevo; lo tradicional y lo revolucionario en una realidad más avanzada.

En la literatura contemporánea resulta difícil sintetizar las múltiples corrientes interpretativas de la Historia. “Nuestra actual perspectiva occidental sobre la historia es sumamente contradictoria. Mientras nuestro horizonte histórico se ha ido ampliando en gran medida tanto en la dimensión espacial cómo en la temporal, nuestra visión histórica —lo que vemos en realidad, por contraste con lo que podríamos ver ahora si hiciéramos una selección— se ha ido contrayendo rápidamente al limitado campo de lo que un caballo entre sus anteojeras, o un capitán de sub-marino a través de su periscopio.

“Por otro lado, disponemos de un poder de producción sin precedentes junto a escaseces sin precedentes. Hemos inventado máquinas que trabajan por nosotros, pero tenemos menos trabajo disponible que antes para el servicio del hombre, aun para un servicio tan esencial y elemental como el ayudar a las madres en el cuidado de sus niños. Sufrimos alternativas persistentes de amplia desocupación y grandes carencias de mano de obra. Indudablemente, el contraste entre nuestro horizonte histórico en expansión y nuestra visión histórica que se contrae es algo característico de nuestra edad. Con todo, considerado en sí mismo, ¡que contradicción tan asombrosa hay allí!”. (9).

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1) Diccionario Enciclopédico Salvat, Segunda Edición, Tomo IX.
- (2) Ibid.
- (3) Luis Alberto Sánchez: Los Fundamentos de la Historia de América. Editorial Americalee, Bs. As., 1943, pág. 15.
- (4) Heródoto: “Los Nueve Libros de Historia”; Tomo I; Obras Maestras; Primera Edición, págs. 35-6.
- (5) Diccionario Enciclopédico Salvat, Tomo XII.
- (6) Luis Alberto Sánchez: Obra citada.
- (7) Francisco Larroyo: Historia General de la Pedagogía; Editorial Porrúa, S. A.; Séptima, Definitiva Edición; pág. 229.
- (8) Gregorio Fingermann; Lecciones de Lógica y Teoría del Conocimiento; Librería “El Ateneo” Editorial; 18ª Edición, págs. 284-5.
- (9) Arnold J. Toynbee: La Civilización puesta a prueba; Emece Editores, S. A.; Cuarta Edición, págs. 141-2.

¿ES LA HISTORIA UNA CIENCIA?

El prestigio científico de la Historia ha estado siempre duramente comprometido. Son numerosos los obstáculos que tendrá que vencer para alcanzar categoría de ciencia. Sobre todo porque la patente naturalista sigue ejerciendo un imperio casi dictatorial en la calificación y en la clasificación del conocimiento. Esto porque correspondió, precisamente, a las ciencias naturales fijar con prioridad, el patrón para el diagnóstico de las ciencias y será tarea sumamente difícil superar ese patrón por parte no sólo de la Historia, sino en conjunto, por todas las ciencias culturales.

¿En qué consiste ese patrón naturalista? Según él una ciencia para ser tal debe poseer objeto, método y leyes propias. Sólo entonces puede entrar en la galería de las ciencias. De lo contrario tendrá que merodear a las puertas de la misma. ¿Reúne la Historia esas condiciones? ¿Posee la Historia objeto, método y leyes propias? Es esa la cuestión que nos toca examinar de cerca.

A la Historia podemos asignarle, en principio, un objeto propio: Los Hechos Históricos. Ninguna otra ciencia podría disputárselo. Pero enseguida se le objeta la circunstancia de tratarse de un objeto cuyo valor deriva de su individualidad y los objetos científicos aspiran siempre a la universalidad y a la generalidad. Como indica Jacques Maritain “su objeto como tal es individual o singular. La explicación dada por un historiador, como historiador, es una explicación de lo individual por lo individual —mediante circunstancias, motivaciones o acontecimientos individuales” (1). En tal sentido las objeciones hechas al objeto de la Historia no invalidan la propiedad del mismo sino su condición de tal. Cosa más grave aún. Pero ello no deja de ser una crítica ingenuamente platónica según la cual lo individual carece de esencia y existencia.

Sin embargo no debemos olvidar que ya Aristóteles supo ver y prever la forma de superar esa limitación. La posición del estagirita consistió en atribuir existencia a lo individual, aunque la esencia la hizo recaer en el “logos”, en la idea, en lo general.

Igual cosa podemos decir del hecho histórico. Efectivamente, su existencia, su substancia derivan de lo individual, pero sus “logos”, su esencia, es de validez general. “Este hecho puede ser otra razón para negar a la historia el carácter de la ciencia, pues si se acepta la famosa doctrina aristotélica de que “toda ciencia es de lo universal” (...) una disciplina como la historia, que se limita al estudio de los hechos individuales, no puede pretender ser una ciencia. Aristóteles en verdad, limitó más tarde este principio al afirmar que lo particular puede ser objeto de ciencia en la medida en que represente un caso de lo universal” **(2)**. La Revolución Francesa en cuanto a hecho histórico prueba su existencia por medio de las notas singulares y particulares que le son características. Pero sólo en la medida en que su significación adquirió validez y sentido universal, sólo en esa medida y no en otra es por lo que se hizo objeto para la ciencia. Como se ve, no como una simple pretensión, la Historia reclama para los hechos históricos la condición de objeto científico.

En cuanto a su metodología, la Historia posee también su propio método: El Método Histórico. “La investigación histórica es la aplicación del método científico de investigación a los problemas históricos. Demanda un cierto nivel de metodología y espíritu, comparable al que caracteriza a otros tipos de investigación. La investigación histórica supone la identificación y limitación de los problemas, la formulación de la hipótesis, la recogida, organización, comprobación, validación y análisis de los datos, la confirmación de la hipótesis y la redacción del relato histórico. Cada una de estas formas lleva a una nueva comprensión del pasado y de su importancia para el presente y el futuro” **(3)**.

Donde parecen confrontarse las mayores dificultades es en la concepción y validez de las leyes históricas. Y su solución próxima o futura, se dificulta más porque la situación depende no sólo de las propias conquistas y progresos de la Historia misma, sino fundamentalmente del criterio que se siga manteniendo sobre qué sea el conocimiento científico. Tanto más cuanto el concepto de ciencia ha sido monopolizado, como ya dijimos antes, por las matemáticas, la Física y las Ciencias Naturales, ligándolo íntimamente, haciéndolo pariente inseparable, de las nociones de exactitud, experimentación y predicción, siendo éstas las características que hasta ahora hemos convenido en atribuir al conocimiento científico. Y realmente el conocimiento histórico se asemeja muy poco a lo exacto, no es nada experimental y no posee al menos por ahora —casi ninguna aptitud de predicción. Visto así el problema, podríamos concluir en que la Historia no reúne las condiciones necesarias para alcanzar categoría de ciencia.

Pero si revisamos esa actitud matemático-naturalista, entendiéndola solamente como el mejor supuesto para calificar al conocimiento científico, pero no el único, es posible que veamos en el conocimiento histórico, un conocimiento con legítimos derechos a alcanzar categoría de ciencia. Por lo menos se hace necesario verle diferente a como miramos al conocimiento de la naturaleza y de las matemáticas. Pero además conviene recordar que “Si una idea carece de precisión, es porque el espíritu no ha sabido asir la verdad con el suficiente vigor o tratarla con suficiente delicadeza; la imperfección del conocimiento no está nunca en el objeto por conocer” (4). No olvidemos que las ciencias naturales así como las ciencias físicas y matemáticas también vivieron sus momentos de insuficiencia; largos períodos en los cuales no fueron más que aliadas del Mito, de la Teología y finalmente de la Filosofía, alcanzando su independencia muy recientemente. Pero su prioridad en el desarrollo no es suficiente para invalidar las aspiraciones de las ciencias culturales o del espíritu que como la Historia demuestran cada día una mayor aptitud científica.

Lo que parece imponerse es una revisión del concepto que tradicionalmente hemos tenido de ley. Esa revisión, como sostienen los historicistas, debe hacerse en el sentido de aceptar como tal no solamente a los principios universales, objetivos y necesarios sino además a aquéllos que, aun no siendo necesarios, sean altamente probables. Eso es, extendiendo el criterio de exactitud más allá del límite de la necesidad hasta validar el criterio de probabilidad como fundamento, aunque no óptimo, si suficiente en la elaboración de una ley científica. Como sostiene Edmond Goblot “Las Ciencias Morales (*), casi tan antiguas como las otras, están mucho menos adelantadas...” “Pero pretenden llegar a ser un día tan positivas, tan precisas, tan rigurosamente demostrativas, como lo son las ciencias físicas naturales” (5).

Por lo visto hasta ahora podemos concluir con Collingwood que “la Historia es una ciencia, pero una ciencia de carácter especial”, por las razones siguientes:

- “1°—Como todas las ciencias, es, un cuerpo organizado de conocimientos.
- 2°—Sin embargo, no se propone como las ciencias de observación y experimentación, descubrir los rasgos constantes y repetidos de cierto orden.
- 3°—El proceso normal de su pensamiento es la inferencia, como en las ciencias exactas, pero mientras en éstas los puntos de partida son suposiciones que se expresan tradicionalmente en una frase imperativa que prescribe que se haga cierta suposición, en la Historia se parte de hechos.
- 4°—Las conclusiones a que arriba la Historia son sobre los hechos que tienen cada uno su lugar y fechas determinados mientras que las ciencias exactas son conclusiones acerca de cosas sin lugar especial en el espacio y en el tiempo.

5°—En cuanto a la organización de las respectivas ciencias, mientras las exactas se basan en relaciones lógicas de prioridad y posterioridad, la Historia es cronológica” (6).

Como se observa, las objeciones hechas a la Historia como ciencia más que invalidarla como tal lo que refleja es el grado de inmadurez en que se encuentra, la magnitud de los problemas que confronta y sobre todo, la necesidad de establecer una nueva perspectiva para su comprensión, tratamiento y desarrollo. Pero en cambio se intuye en ella un amplio campo de investigación que aún el espíritu humano no ha evaluado suficientemente con la seguridad de que con ello está retardando comprender su propio dilema. Por lo menos se nos presenta como un vasto camino que invita al hombre a volver sobre sí mismo con el rigor, la objetividad y la imparcialidad que la búsqueda de su propia condición y origen requieren.

Recordemos ahora que hasta el presente la mayor preocupación del hombre ha sido la de alcanzar un completo conocimiento y dominio de la naturaleza circundante descuidando o aplazando, paradójicamente, la tarea de conocerse a sí mismo. Por esa su actitud es lógico que haya subestimado las llamadas ciencias culturales y específicamente las ciencias antropológicas.

Pero debemos presumir el momento en el cual el hombre deba volver a su encuentro y entonces este grupo de ciencias se harán tan necesarias como las que hasta ahora ocupan la supremacía. Dentro de esa posibilidad la Historia pasará a ser una ciencia eje hacia la cual las demás vendrán a confirmar sus postulados y a buscar sus referencias obligadas.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1)** Jacques Maritain: Filosofía de la Historia. Biblioteca de Filosofía Troquel. Pág. 30.
 - (2)** Alfred Stern: La Filosofía de la Historia y el Problema de los Valores. EUDEBA. Pág. 122.
 - (3)** J. W. Best: Cómo Investigar en Educación. Ediciones Morata. Pág. 62.
 - (4)** Edmond Goblot: El Sistema de las Ciencias. Editorial “El Ateneo”, Pág. 173.
 - (5)** Ibid, Pág. 30.
 - (6)** Carlos M. Rama: Teoría de la Historia. Pág. 41.
-
- (*)** Edmond Goblot incluye a las ciencias culturales como ciencias morales: “El conjunto de la ciencia humana parece dividirse en tres grupos: ciencias matemáticas, ciencias físicas y naturales, ciencias morales”. Pág. 29.

NATURALEZA DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Desde los orígenes mismos del pensamiento racional existen dos formas fundamentales de entender la realidad: a) La forma instituida por Parménides según la cual las cosas son inmutables, eternas, únicas e idénticas y b) La forma instituida por Heráclito para quien son inmutables, perecederas, múltiples y contradictorias. A quienes participen de la posición parmenídica les será difícil entender o admitir la posibilidad del conocimiento histórico. La historia es posible, si es posible la evolución del mundo y de la naturaleza. En Grecia esta última concepción no fue la más afortunada. Muchos autores, al contrario, han llegado a sostener que los griegos sentían horror por el movimiento. Para ellos el verdadero conocimiento o el conocimiento verdadero se caracterizaba por su inmutabilidad, unicidad, perennidad y armonía. Nada más lejos de Platón, por ejemplo, que admitir como **existente** una Idea que no fuera eterna.

“En cuanto al destino del hombre en la Historia, los griegos creyeron que éste dispone de sobrados recursos para afrontar con elevación de ánimo y serenidad de juicio cualquier situación, pero de ahí no pasaron. Les interesaba primordialmente el **logos** del cosmos, no el Dios Supremo, ni tampoco el significado de la **Historia**. Incluso el preceptor de Alejandro el Magno despreciaba la Historia en beneficio de la poesía; y Platón pudo haber dicho que la esfera del cambio y de la contingencia es campo propio de la historiografía, no de la filosofía. Para los pensadores griegos, una **filosofía** de la Historia resultaría un contrasentido. La historia fué, para ellos, una Historia política, y, como tal, materia de estudio para estadistas e historiadores” (1).

Pero independientemente de la actitud y la concepción griega es evidente que para la Razón clásica resulta más difícil analizar aquello que no pueda delimitar y aprehender dentro de esquemas fijos y estables. Las

cosas y fenómenos que se nos presentan con contradicciones y conflictos tendemos a rechazarlos. En todo caso procedamos a descomponerlos en sus elementos más simples y en este caso —el del fenómeno histórico— desaparece. Algo parecido ocurre en la Psicología. Quien pretenda conocer las emociones estudiando por un lado las reacciones físicas (sudor, palidez, contracciones) y por el otro las reacciones fisiológicas (tensión, secreciones, actividad nerviosa) lo que hace es destruir el fenómeno de estudio como en el cuento de la Gallina de los Huevos de Oro. De allí que en este campo del conocimiento se impondrán siempre los enfoques estructuralistas y totalistas.

Idéntica cosa ocurre con los fenómenos históricos. Quien pretenda conocerlos aislando los elementos que la integran y eliminando sus contradicciones legítimas habrá fracasado. Aún más si pretende hacerlo dentro de categorías rígidas e inflexibles. Tal procedimiento desconocería la verdadera esencia del fenómeno histórico que consiste precisamente en ser el auténtico heraldo de las mutaciones y cambios y efectos necesarios de las contradicciones y transformaciones sociales. Sólo donde hay progreso, evolución, cambio, sólo allí hay historia.

Muy otra es la característica del conocimiento de la Naturaleza. Aquí los fenómenos presentan una evidente constancia y permanencia. Son fenómenos de repetición como sostiene Xenopol en sus “Principios fundamentales de la Historia”. Xenopol “Parte del Principio de que tanto los fenómenos de la naturaleza material como los del espíritu ofrecen relaciones de dos tipos: de **repetición** y de **sucesión**, siendo esta última más bien propia del espíritu y aquélla de la materia, sin que esto asuma los caracteres de afirmación categórica, inmutable” (2). Los fenómenos históricos están clasificados dentro de los fenómenos del espíritu o del Espíritu Objetivado como diría Hegel.

Su estudio, lógicamente, requiere de fundamento y categorías diferentes de las que orientan la metodología de las Ciencias Naturales.

Correspondió a Dilthey iniciar las investigaciones más serias para la comprensión del mundo histórico. Dilthey “Entre la especulación y el materialismo afirma la vuelta a Kant, pero sólo como punto de partida. Kant nos dió la crítica de la razón pura que fundamenta las ciencias matemático-naturales; Dilthey quiere darnos la crítica de la razón histórica en cuanto que investiga las condiciones de la conciencia histórica. Su afán es absolutamente paralelo al de Kant. El saber histórico, el conocimiento del mundo no es fruto ni del mero entendimiento, ni de los sentidos, sino de la vida entera. En el mundo natural rige el concatenamiento causal, en la esfera del espíritu imperan significados, valores, fines. En las ciencias naturales creamos el objeto físico en el explicar; la razón histórica engendra en la comprensión un objeto espiritual. Dilthey repetirá siempre una vez más: la naturaleza la explicamos, el espíritu lo comprendemos. Al separar los métodos se separan naturalmente las ciencias naturales de las del espíritu” (3).

A partir de Dilthey se han acentuado cada vez más las investigaciones sobre los problemas de la cultura y de la Historia. No obstante cabe preguntar: ¿Para qué y por qué la Historia? ¿Le es necesario al hombre historiar para conocer? ¿No es el conocimiento un acto cuya esencia consiste precisamente en una actualización del objeto? Nietzsche sostuvo que la Historia actuaba a manera de encubridora del presente; que si queríamos conocer algo deberíamos antes despojarnos de las ideas y prejuicios del pasado para poderlos captar en toda su plenitud y autenticidad. Creo que aquí deberíamos recordar los ídolos de Bacon. En todo caso conviene señalar las diferentes formas de captar los objetos. Sólo así podremos ubicar con exactitud la naturaleza del conocimiento histórico. De lo contrario caeríamos en la tentación de confundirlos con otras formas de análisis.

Las diferentes formas de analizar al objeto pueden sintetizarse así a) El análisis descriptivo, b) el análisis comparativo, c) el análisis valorativo, d) análisis evolutivo y e) el análisis histórico.

La forma descriptiva consiste en analizar el objeto para ver lo que contiene. En este caso el sujeto se limita a **ver** y registrar su observación. Esta es la base del método experimental. En la comparación estudiamos al objeto en relación con otros objetos para destacar su individualidad. Cuando analizamos al objeto desde el punto de vista valorativo es porque pretendemos establecer la utilidad del objeto en relación con una tabla de valores. Desde el enfoque evolutivo queremos establecer cómo se ha constituido el objeto como individuo natural. Este enfoque puede ser ontogénico o filogénico. El enfoque histórico pretende determinar la constitución del objeto como individuo cultural. En el análisis evolutivo se trata de constatar el curso seguido por las leyes naturales. Es un estudio del objeto en su curso de desarrollo **necesario**. En tanto que el análisis histórico procede a ver el objeto como obra humana que puede ser o no ser.

Por tal sentido el desarrollo histórico del objeto no puede delinearse dentro de los cánones rigurosos del naturalismo. Estudiar un objeto desde el punto de vista evolutivo no es más que descubrir y registrar las leyes internas que por necesidad natural debieron cumplirse. El curso histórico de los objetos depende, al contrario, de numerosos factores externos donde aún el **azar** es determinante. Esto no implica sostener que el conocimiento histórico sea fortuito y arbitrario. Implica sí que es un conocimiento que no puede reducirse a esquemas y claves a la manera de Bourdeau, quien pretendió escribir la Historia utilizando sólo cifras y fórmulas. En él existe una legalidad perfectamente detectable, pero una legalidad necesariamente azarosa.

“Los pensadores que se han ocupado del tema en general se muestran reacios a reconocer la existencia de leyes históricas salvo los de corrientes

naturalistas (sic) o sociológicas. Y sin embargo se tiene conciencia de que algo más que un puro azar se encuentra en el campo de la Historia. Ello ha llevado a sospechar que esas leyes tal vez existan en el acontecer humano, pero son desconocidas: el historiador se encontraría atrasado, respecto a otras investigaciones, en el conocimiento de sus sistemas de legalidad” (4).

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1) Karl Löwith: “El sentido de la Historia”, Aguilar, S. A., Primera Edic. 1958, Pág. 14.
- (2) Luis Alberto Sánchez: “Los fundamentos de la Historia Americana”, Editorial Americalee, Primera Edición, Pág. 79.
- (3) Juan Roura Parella: “El Mundo Histórico Social”, Cuadernos de Sociología, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional México, D. F. Pág. 30.
- (4) José Antonio Maravall: “Teoría del Saber Histórico”, Revista de Occidente, Segunda Edición, Pág, 40.

LA PERIODIFICACIÓN HISTÓRICA

Desde que el Cristianismo tomó la dirección espiritual de la Cultura Occidental, la periodificación lineal de la Historia se ha impuesto casi definitivamente. La antigua concepción cíclica griega, a pesar de su reactualización por algunos contemporáneos, (Spengler, Toynbee) no ha podido prosperar. La concepción lineal de la historia fué sistematizada por primera vez por San Agustín en su “Ciudad de Dios”. Sus antecedentes habría que buscarlos en la bíblica concepción cristiana de la existencia y del hombre. “La visión de la Historia que surge de los textos bíblicos está asentada en el Plan de Salvación que se desarrolla directamente entroncado con la relación Dios-Hombre. El Plan de Creación (expansión del amor divino) fracturado por el episodio de la Caída, compensado por el drama de la Redención, se integra en la vuelta al Creador implicada en la “consumación de los siglos” en la que toda la historia alcanza su sentido final” (1).

La concepción lineal surge como consecuencia de la creencia de que la Historia de la Humanidad es una y única. Como sostendrá Maritain: el mundo “tiene una especie de unidad vital — no política ni organizada, ni manifestada pero sin embargo real. Y por razón de esta unidad vital, cuando un acontecimiento que hace historia, cuando un gran evento de la humanidad, un acontecimiento que actualiza potencialidades centenarias y viejas aspiraciones, ocurre en un punto particular del espacio, en una nación dada y en un pueblo dado, no ocurre sólo para esta nación o este pueblo, sino que ocurre para el mundo. No es solamente un evento o un cambio para esta nación en particular; es un acontecimiento o un cambio para el mundo, aunque afecte las otras partes del mundo de manera completamente diferente a la de su punto de origen. Y al mismo tiempo ha agotado por decir así, la cantidad de energía creativa que fué necesaria para su aparición en

la historia humana. Ya no tiene más significación para el hacer de la historia; ya pertenece al pasado” (2).

Para el Cristianismo el concepto de Historia única se adviene perfectamente con sus propósitos ecuménicos. Pero al investigador científico siempre le es fácil operar desde este postulado. Antes debe demostrar la validez empírica de esa afirmación. Previamente debe interrogar: Es la Historia Única y Universal? No es más bien un mosaico de historias particulares? Sigue un curso lineal, progresivo, uniforme?

Para el Cristianismo la respuesta está dada: la Historia es Única, Ecuménica y Lineal — tuvo un principio y va hacia su fin. Pero esta respuesta no siempre satisface. Ya en el siglo XVII Juan Bautista Vico “El filósofo napolitano había podido observar que la pretendida marcha lineal no encontraba correspondencia en lo demostrado por la experiencia histórica del pasado en el que señalaba ascensos y caídas, nacimientos y muertes, que aún en la simplicidad del esquema, complicaba la simple marcha hacia delante” (3).

Otras dificultades serias que presenta esta concepción de la Historia es su sistema de periodificación. Dicho sistema toma como base empírica el desarrollo cultural de Europa. Pero no todas las culturas presentan iguales analogías en su curso evolutivo. Europa tuvo su Antigüedad, su Medioevo, su Renacimiento, su Modernidad, y ahora vive su contemporaneidad; podemos afirmar en consecuencia que esta sea el único patrón histórico posible? Esta tesis evolucionista de Taylor y Morgan ha sido cuestionada actualmente aún por filósofos-historiadores de filiación cristiana. Recordamos de nuevo a Spengler y Toynbee. Así mismo de Ciencias Auxiliares de la Historia proceden serias críticas a ese sistema. Sociólogos como Sorokin y A. Weber y antropólogos como Malinowski coinciden en descartar el sistema por rígido y dogmático.

“También ocurre lo mismo con la sociología de la historia de Spengler o la de Toynbee —en Spengler en forma radical, en Toynbee con consecuencias y debilidades—, que no ven en general, en la evolución de la historia humana, ninguna unidad claramente manifestada y, además así por lo menos Spengler, no ven tampoco, en ella ninguna clara unidad de sentido. Sólo ven un movimiento cíclico distribuido en un número determinado de culturas particulares que para Toynbee son 21. Este movimiento siempre se repite, partiendo de la barbarie, para pasar por la cultura y llegar hasta la así llamada civilización, que aquí es fenómeno de anquilosamiento y decadencia de los diversos cuerpos históricos” (4).

Operar con el sistema lineal implicaría definir previamente conceptos como “antiguo”, “medieval”, “renacimiento”, etc. Sólo así se dispondría de los cánones y premisas para ubicar legítimamente cada período histórico. Esas definiciones descansan sobre una base cronológica, fundamentalmente. O sea que es “antiguo”, “medieval” o “renacentista” todo aquello que haya ocurrido dentro del límite temporal convenido para cada una de esas épocas. Tal procedimiento, aún para la clasificación de lo europeo, presenta sus problemas. No puede admitirse, sin riesgo de contradecir el pensamiento lógico, que todo lo ocurrido en el siglo XVI fué típicamente “renacentista”. Lo renacentista desborda ampliamente esa simple concepción cronológica. No es precisamente su temporalidad sino su contenido cultural, social y humano lo que le define.

Algo semejante podríamos decir de lo “antiguo” y de lo “medieval”. A propósito, ¿qué fue lo “medieval”? “La sociedad medieval se basa en un orden de estados consagrados por la Iglesia, orden en el cual cada uno ocupa el lugar que la naturaleza y Dios le asignan. El intentar salirse de su estado equivale a revelarse contra el orden establecido por Dios. Cada cual vive dentro de los límites que han sido previamente determinados.

El clero y la nobleza son, como estados dominantes, las fuerzas que cuidan del mantenimiento de esos límites” **(5)**. Como es fácil comprobar ese cuadro típico del medioevo rebasa históricamente los límites de la cronología tradicional. Aun hoy, dentro de nuestra sociedad contemporánea, existen culturas que encuadran perfectamente dentro de ese patrón medioeval.

Con ascendentes dificultades tropezamos si queremos aplicar el esquema lineal-cronológico al análisis y clasificación de las historias nacionales. Con sólo mirar no podemos más que concluir en que cada una de ellas responde a un conjunto de valores internos que exigen un esquema y sistema de periodificación propias. Difícilmente podríamos forzar la entrada de la historia de Venezuela en el esquema de tradición universal. Tendríamos que establecer una antigüedad, un medioevo, un renacimiento, una modernidad y una contemporaneidad venezolanas. El absurdo salta a la vista. De allí que la historiografía nacional haya consagrado la clasificación de Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia y República, sin olvidar, desde luego, los aportes de Eloy G. González, Mario Briceño Iragorry o Ramón Díaz Sánchez, por establecer un sistema diferente de periodificación. Aunque algunos de estos esquemas repiten los vicios de la periodificación lineal al obedecer exclusivamente a un solo criterio, el criterio cronológico, no obstante ello, se advienen mejor a la realidad histórico-cultural venezolana.

Otro tanto ocurre con la historia de América. “Para estudiar la historia de América se utiliza un esquema exclusivamente político: época pre-hispánica, época colonial, época de la independencia, época republicana. Qué sentido tiene aquella otra subdivisión, tan semejante errónea como ésta, que parcela la historia romana en época de los etruscos, de los reyes, de la república, del Imperio, y del Bajo Imperio? Las dos pecan por su base. Ninguna de ellas considera el fenómeno humano, el proceso económico, la evolución ideológica, y se someten a sólo el desenvolvimiento político” **(6)**.

Al parecer, ésta ha sido una de las fuentes más determinantes de las debilidades del sistema de periodificación lineal-cronológico: apreciar la Historia sólo por su valor político. Se olvida de esta manera que la historia es un proceso orgánico y total donde ningún fenómeno o proceso socio-cultural le es indiferente. Afortunadamente bajo este nuevo signo se perfilan las modernas tendencias de la Historia.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1) Ángel A. Castellan: Filosofía de la Historia e Historiografía. Editorial Dédalo, Buenos Aires, Pág. 19.
- (2) Jacques Maritain: Filosofía de la Historia, Editorial Troque, S. A., Buenos Aires, Segunda Edición, Págs. 66-67.
- (3) Ángel A. Castellan, Ibid.
- (4) Alfredo Weber: Sociología de la Historia y de la Cultura, Ediciones Galatea. Nueva Visión. Segunda Edición, Págs. 12-13.
- (5) Alfred Von Martin: Sociología del Renacimiento, Fondo de Cultura Económica, Segunda Edición. Pág. 13.
- (6) Luis Alberto Sánchez: Los Fundamentos de la Historia de América, Editorial Americalee, Buenos Aires, Págs. 140-141.

¿SOMOS HISTORIA?

Una pregunta obligada, y prudente a la Filosofía de la Historia será siempre esta: ¿Es la Historia material y/o materia educadora? Y hecha la pregunta se sigue preguntado: ¿La Historia de la Humanidad es fuerza modificadora de la especie? Y también: ¿Puede la Historia modificar o transformar la naturaleza humana? Y todo ello nos conduce a la vieja cuestión sobre la naturaleza de la naturaleza humana: ¿Es modificable o inmutable? De ser inmutable, no sólo la historia, sino la educación misma, son ineficaces e impotentes frente a esa naturaleza. En este caso no valdría la pena examinar la cuestión. Pero admitamos, con el Evolucionismo, que es, al contrario, el producto de un largo y penoso proceso de cambios y mutaciones. Entonces, de hecho, quedaría admitido, que ha sido el tiempo, el artífice de nuestra naturaleza. ¿Pero el tiempo a secas? ¿Hemos devenido en lo que somos tan sólo por la edad cumplida? En otras palabras: ¿No han intervenido otros factores, además del tiempo, en la transformación de la naturaleza humana?

“El examen de la base social de la naturaleza humana nos ha hecho ya observar una importante diferencia de opiniones acerca de la modificabilidad de la naturaleza original del hombre. Algunos creen que hay límites definidos, más allá de los cuales no se puede modificar la naturaleza humana por el hecho de pertenecer a un orden social, poniendo así límites a la reconstrucción del orden social mismo. Otros consideran que estos límites son mucho más indefinidos, si acaso existen, y, por lo tanto, son mucho más optimistas en cuanto a la posibilidad de modificar la naturaleza humana y rehacer el orden social.

Entre estas dos opiniones no hay desacuerdo acerca del hecho de la modificabilidad del hombre, sino tan sólo en cuanto al grado en que afecta a la naturaleza, el grado en que se debe a la crianza y el grado en que la

naturaleza y la crianza son independientes recíprocamente. En verdad, los partidarios de ambas opiniones convendrían probablemente en que la modificabilidad es el renglón más importante en cualquier inventario de la naturaleza original del hombre y en que ningún animal está tan soberbiamente dotado para el aprendizaje como el hombre” (1).

Pero ese aprendizaje, ¿es transferible históricamente? Si así lo suponemos no hacemos más que admitir que el diario discurrir de la vida está nutrido y hasta determinado por el pasado. Vale la pena en este caso recordar a Ortega y Gasset: “La única diferencia radical entre la historia humana y la “historia natural” es que aquélla no puede nunca comenzar de nuevo. Köhler y otros han demostrado cómo el chimpancé y el orangután no se diferencian del hombre por lo que, hablando rigurosamente, llamamos inteligencia, sino porque tienen mucho menos memoria que nosotros. Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre un mínimo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre, como si no hubiese sido antes ninguno. El hombre en cambio, merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: Comienza desde luego a existir sobre cierta altitud de pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal” (2). En otras palabras, equivale decir que el hombre es un producto del hombre. Tan producto como el avión, la nevera, y cuyo artesano sería la cultura, la tradición, lo histórico.

Determinar y establecer las artes y técnica que emplea ese artesano es problema a resolver por la Ciencia Moderna. El Psicoanálisis, por ejemplo, al admitir que para conocer al hombre se requiere **necesariamente** ahondar en su infancia, no hace más que valorar a ese hombre en términos de historia individual. Es decir, que admite que el presente personal está regido por el pasado personal. O lo que es lo mismo,

que el niño es el padre del hombre. Este aserto que en principio sólo tuvo validez individual, se ha hecho cada vez más útil en el campo de las investigaciones sociales. Pensemos en Linton, Kardiner o Mead. En ellos se observa cómo, operando en base a premisas psico-analíticas, han dado una amplia explicación a significativos problemas del hombre social. La reciprocidad resulta lógica y evidente: Si el individuo es su historia, sólo restaba saber hasta qué punto esa historia era sólo suya. Para ello nos es suficiente recordar el concepto de “inconsciente colectivo”, de Jung. Este “se vió obligado a crear este concepto para dar explicación y localización psicológica a las analogías que había descubierto entre la estructura de la psicología individual y los mitos y producciones primitivos (3) ...“diremos que la psique colectiva abarca las **“parties inferieures”** de las funciones psíquicas, o sea, la parte bien cimentada de la psique individual, la parte heredada que siempre existe y funciona en cierto modo automáticamente, la parte suprapersonal o impersonal. En cambio el consciente y el inconsciente personal abarcan a las **“parties supérieures”** de las funciones psíquicas, o sea, la parte adquirida ontogénicamente y que luego ha sido desarrollada” (4).

Como veremos después, este parentesco entre la ontogenia y la filogenia se convertirá luego en parentesco entre la ontogenia y la cultura. Con ello viene a concluirse en que el individuo es en alto grado historia, pero que esa historia es en gran medida la de su grupo, la de la sociedad donde se forja.

Uno de los investigadores que mejor ha señalado esa relación ha sido Abram Kardiner. A él debemos el término “personalidad básica” que guarda íntima afinidad con el concepto “inconsciente colectivo”, de Jung ya analizado. Ralph Linton indica que “**El tipo de personalidad básica** para cualquier sociedad es la configuración de personalidad compartida por la mayoría de sus miembros como resultado de las primeras experiencias que tuvieron en común. Esto no corresponde a la personalidad total del

individuo, sino más bien a los sistemas proyectivos; en otras palabras, al sistema de valores y actitudes que son básicas para la configuración de la personalidad del individuo. Así, el mismo tipo de personalidad básica puede reflejarse en diferentes formas de conducta y puede participar en muchas configuraciones diferentes de personalidad total”. Pero además “puede concluirse seguramente que en culturas relativamente estables, como las sociedades “primitivas”, hay una íntima correlación entre el tipo de personalidad básica y la cultura en su conjunto” **(5)**. Queda establecido así, en forma particularmente clara, la íntima relación entre naturaleza y cultura. Pero además, el término “personalidad básica” nos sugiere la forma como el pasado, lo histórico, se hace actuante, se hace presente.

Si aplicamos el concepto de “personalidad básica” para identificar a la “personalidad compartida” por la mayoría de los venezolanos, nos acercáramos a una explicación racional de lo que comúnmente llamamos “espíritu nacional”, “venezolanidad” o “nacionalidad”. Y así mismo podríamos establecer en qué medida nuestra historia nos hace y nos determina. Seguramente nos convenceríamos de que la historia no es sólo canto épico o relato académico. Es algo más poderoso y actuante, imposible de eludir o incumplir. “Es decir, que la interpretación moderna de lo que hemos sido, base de una noción más aproximada a la realidad de lo que somos y podemos ser no ha comenzado. Nuestra historiografía tiene encima el enorme peso de la interpretación positivista, esto es, sólo nos abocamos a la historia administrativa, a la historia constitucional. Tendríamos que haber comenzado ya la radiografía de la historia del pueblo” **(6)** y de la cultura.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1)** Brubacher, John: Filosofías Modernas de la Educación, Editorial Letras, S. A., Primera Edición en Español (1964), Págs. 71-73.
- (2)** Ortega y Gasset, José: La Rebelión de las Masas, Revista de Occidente, 38ª Edición en Castellano, Pág. 56.
- (3)** Sarro, Ramón: El Yo y lo Inconsciente de C. G. Jung, Editorial Cultura (Introducción).
- (4)** Jung, C. G., Ibid., Pág. 63.
- (5)** Linton, Ralph: Fronteras Psicológicas de la Sociedad (Prólogo), de Abram Kardiner, F.C.E., Primera Edición en Español (1955), Pág. 10.
- (6)** Morón, Guillermo: “Texto Polémico Sobre la Federación”, Papel Literario de “El Nacional”, 21-8-66.

EDUCACIÓN Y NACIONALIDAD

Históricamente el hombre para sobrevivir ha tenido que organizarse. Esta necesidad de organización la ha venido concretando a través de estructuras sociales, en un principio simple como los clanes y tribus, para culminar, en nuestros días, en las grandes naciones modernas. Como se sabe el surgimiento de las naciones de hoy data aproximadamente del siglo XVI, en Europa, y en América son un producto del siglo pasado.

Desde cierto punto de vista podría decirse que las nacionalidades son un proceso reciente de la cultura humana. Ellas se caracterizan, en general, por poseer un territorio, un cuerpo de normas jurídicas, una población y un conjunto de recursos y medios para satisfacer las necesidades fundamentales de su población. Pero además y fundamentalmente, lo que más les define en particular a cada una de ellas es el poseer un conjunto de valores, símbolos, hábitos, costumbres y vivencias que se traduce en el acento propio y peculiarísimo de cada una de ellas. Es ese algo indefinido y que, aunque sumamente abstracto, está presente en cada quien como rasgo acusador de su origen nacional.

Nos referimos a ese algo que diferencia al francés del alemán y al cubano del colombiano y a nosotros de cualquier otro gentilicio.

“En años recientes, los investigadores dedicados al estudio de la cultura y la personalidad han dirigido cada vez más su atención y sus técnicas a la comprensión de los grupos nacionales contemporáneos. Por supuesto, el problema es viejo y el interés que despierta ha sido continuo a través de los tiempos, pero los medios de acceso a este problema se han modificado considerablemente, no sólo en su carácter, sino también en su intensidad. En el pasado se ocupaban de él, principalmente, los historiadores, por una parte y los periodistas y viajeros, por otra. Ahora,

casi todas las ciencias sociales han empezado a hacer sus propias aportaciones a la comprensión de las características nacionales; no sólo la historia, sino también la sociología, la antropología, la psicología, la psiquiatría, el psicoanálisis, las ciencias políticas, el derecho comparado, el estudio de la opinión pública y muchas otras disciplinas conexas. Varias universidades, por ejemplo Columbia y Harvard, han emprendido extensas investigaciones, siguiendo lineamientos interdisciplinarios.

La UNESCO, en lo relacionado con su Programa sobre Tensiones que Afectan la Comprensión Internacional, ha iniciado una serie de investigaciones de culturas nacionales. Es ya muy extenso el material concerniente a características nacionales, y está aumentado en forma, rápida. En Francia, una publicación, **Revue de Psychologia des Peuples** se dedica enteramente a este tema.

Sin embargo, la tarea de comprender las características de las naciones sigue siendo sumamente difícil. Hace algunos años Barzun inició su comentario sobre dos libros nuevos acerca de los ingleses, con estas palabras: “De todos aquellos libros que nadie puede escribir, los dedicados al estudio de las naciones y del carácter nacional son los más imposibles” (1).

Cuando se trata de proponer objetivos a la educación lógicamente surge la pregunta: ¿Daremos al hombre una formación de carácter general o universal o lo formaremos con carácter típicamente locales o nacionales?

Esta misma cuestión tuvieron que afrontarla los educadores romanos cuando sintieron la penetración de la cultura griega. De su debate surgió el ideal de lo “Humanista”. Eso fue, claro está, anterior al surgimiento del nacionalismo moderno. Pero en los “Humanistas” quedó plasmado el ideal de formar el hombre dentro de un espíritu que esté por encima de las limitaciones de espacio y de tiempo.

A ello se opone el hecho de tener que formar al individuo para algún fin práctico y además para convivir con un grupo humano determinado que tiene, como hemos dicho, sus propias concepciones, usos, valores, costumbres, tradiciones, etc. Esta antinomia podría sintetizarse como Universalismo contra Nacionalismo.

La experiencia histórica nos enseña que donde ha triunfado el nacionalismo en forma radical los resultados han sido lamentables para la Humanidad. Allí tenemos el caso del Nacismo y del Fascismo. Pero así mismo donde el espíritu nacional se ha debilitado o desintegrado la nación ha sido absorbida o dominada por otras culturas. El Imperio Romano es un buen ejemplo de ello.

Lo dicho, nos indica que la defensa, y desarrollo de lo nacional es un problema difícil y complejo a resolver. Y además que la mejor solución sería aquélla que armonizara los valores de la cultura universal con los valores de la cultura nacional.

Actualmente, para Venezuela, éste es uno de los problemas de mayores alcances para nuestro futuro como pueblos. Por una parte estamos en un momento de cambio de la vida material (económica) que traerá como consecuencia un cambio también en la vida espiritual de la nación.

Por otra parte ya hemos dejado de ser una cultura cerrada y aislada como lo fuimos hasta ayer. Nuestra cultura se desarrolla actualmente en medio de las más variadas y extrañas influencias. Súmese a ello el hecho de que la familia que es la institución social más calificada para la protección y desarrollo de la venezolanidad, no está actualmente en condiciones de cumplir con esa función.

De todo lo dicho se desprende la urgencia de hacer de la educación un proceso que haga de la defensa y desarrollo de los valores más positivos de

la venezolanidad, un objetivo central. Claro está que sin llegar al chauvinismo ni al nacionalismo agresivo, sino un nacionalismo que haga de Bolívar el instrumento y el medio más eficaz para comprender a Lincoln y a Napoleón, a Maquiavelo y a San Martín.

CITAS BIBLIOGRÁFICAS:

- (1) Otto Krineberg: Psicología Social. Fondo de Cultura Económica. Primera Edición Española. 1963. Pág. 357.

ÍNDICE

	Pág.
Historia de la Historia	3
¿Es la Historia una Ciencia?	11
Naturaleza del conocimiento histórico	17
La Periodificación Histórica	22
¿Somos Historia?	27
Educación y Nacionalidad	32

Este Libro se terminó de imprimir en los
Talleres de la DISTRIBUIDORA HORIZONTES
el día 6 de Febrero de 1967.
CARACAS - VENEZUELA

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Octubre de 2022